

EL ANTECEDENTE DE LA CRISIS DE BERLIN

EL VIAJE DEL PRESIDENTE KENNEDY A VIENA

Después del fracaso de la reunión de París de hace un año nadie esperaba la convocatoria de una conferencia de alto nivel en un futuro inmediato. La fracasada reunión mató para siempre el espíritu optimista de Ginebra (1955) o de Camp David (1959) y había desencadenado una avalancha de escritos, discursos y explicaciones televisadas destinadas a convencer al lector o auditor de la inutilidad de tales reuniones.

Nadie esperaba, por eso, que tan pronto volviera a convocarse una reunión de jefes de Estado y, una vez convocada, nadie puso en ella la menor ilusión, convencido el mundo de que era inútil esperar resultado positivo alguno.

Sin embargo, el momento era propicio para la convocatoria. De una parte, del lado soviético, se anunciaba para dentro de unos meses la reunión del Congreso del Partido Comunista, ante el que Jruschef tiene que concurrir haciendo una exhibición de triunfos que arrollen, si no las voces descontentas—que nadie se atrevería ni a susurrar en la U. R. S. S.—, al menos el sentimiento de desgana por los indudables razonamientos con China y por el fracaso de la política agraria, que se traduce en malas cosechas reiteradas que no pueden atribuirse a sequías o inundaciones, sino que, como todo el mundo se da cuenta, responden a una profunda crisis estructural del sistema. Jruschef necesitaba no perder tiempo y añadir una baza más a su larga serie de triunfos internacionales, distraendo así a sus súbditos de la realidad interna del país.

Del otro lado, el presidente Kennedy llevaba poco tiempo en el poder y su limitada experiencia internacional le había arrastrado a sendos fiascos en Laos y en Cuba, empezando a oír, cuando aún resonaban en sus oídos los aplausos de sus electores, las críticas aceradas de importantes sectores.

de opinión de los Estados Unidos. Por eso pensó, tal vez, que era el momento de salir de su aislamiento para establecer contacto personal con el jefe del bando opuesto y tratar así de ver cuál era su posición respecto a los grandes problemas que le inquietaban.

Ninguno de los dos políticos podía seguir perdiendo tiempo. La juventud del presidente Kennedy le pedía acción y contacto personal; la experiencia de Jruschev veía en el encuentro la ocasión de buscar una nueva tribuna de alcance mundial para su propaganda. Para Occidente eran inquietudes Laos, Cuba, el desarme. Para Oriente el instante era propicio para replantear, sobre todo, el problema alemán.

A partir de febrero, la prensa recogió, como simple rumor, la noticia de estarse realizando preparativos para el encuentro de los dos jefarcas en terreno neutral. Si alguien se había hecho ilusiones de que estábamos volviendo a los tiempos clásicos de la «diplomacia inteligencia» de Richelieu, pronto pudo desengañarse de que las idas y venidas de emisarios habían servido sólo para preparar la materialidad de una nueva reunión de jefes de Estado, pero no para llegar al detalle de su contenido y mucho menos de sus resoluciones, ya que ni siquiera se fijaba un orden del día. La reunión, se apresuró a aclarar el propio presidente Kennedy, no estaba destinada a negociar, sino a intercambiar puntos de vista. «A conseguir un mejor entendimiento con Jruschef y a buscar, también, una mejor comprensión entre nuestros dos países.» A ver hasta dónde está dispuesto a ir cada uno. O, como Jruschef dijo en Tiflis, en los actos celebrados en conmemoración de Stalin: «Aunque el presidente Kennedy y yo somos hombres polarmente opuestos, vivimos en el mismo planeta y necesitamos encontrar un idioma común para tratar de ciertos puntos concretos.» La realidad es que ambos sabían, o debían saber de sobra, qué idioma habla el otro y que, en consecuencia, una entrevista que sólo tuviera estos fines era superflua.

El peligro de una reunión tan mal preparada era evidente, aunque es de esperar que, con toda seguridad, eso había sido ya correctamente apreciado por el presidente Kennedy antes de lanzarse a ella. Porque Eisenhower había salido con las manos vacías de tres reuniones con el jefe comunista (Ginebra, 1955; Camp David, 1959; y París, 1960); sin por ello poner en juego su prestigio personal, suficientemente afirmado a lo largo de una densa carrera militar y política, pero el caso del presidente Kennedy es, sin embargo, muy otro. Por eso es tanto más de admirar su valor, al poner

en juego su prestigio con riesgo tan grande de arruinarlo precisamente al comienzo de su carrera política.

No cabe duda de que el presidente de los Estados Unidos es joven, incluso espiritualmente.

Rodeado de un ambiente de desconfianza, recelo e intranquilidad, el presidente Kennedy se lanzó a la travesía del Atlántico con una vaga esperanza de arreglar algo indeterminado que ni tan siquiera sabía exactamente qué podía ser.

* * *

La primera etapa del viaje fué París. En realidad, la visita a la capital francesa estaba ya planeada con anterioridad, y sólo a posteriori se engarzó la entrevista con De Gaulle con la reunión de Viena y con una visita relámpago a Londres para actuar de padrinos de un sobrino del presidente norteamericano e informar, al paso, al Gobierno inglés de lo tratado en las anteriores etapas del viaje.

Francia esperaba un viaje especial del presidente Kennedy a Europa para entrevistarse con De Gaulle. La extensión dada al viaje y la paralela disminución del interés mundial por la entrevista del Palacio del Elíseo ante la importancia de la reunión de Viena estuvieron lejos de entusiasmar en la capital francesa. París recibió, sin embargo, con calor y simpatía a la juvenil pareja, aunque los círculos oficiales comprendieran que lo importante del viaje ya no era París, sino Viena. El papel francés iba a ser el de definir la posición del país ante la entrevista del presidente Kennedy con Jruschef; hacer saber al jefe norteamericano cuál sería la postura del gabinete De Gaulle frente a las conversaciones junto al Danubio.

A tenor del comunicado oficial de las entrevistas con De Gaulle, los dos jefes de Estado examinaron la posición de los dos países frente al mundo comunista y la actividad de los dos países en Africa, Asia e Iberoamérica, junto con el problema de la ayuda a los países subdesarrollados y los medios de fortalecer la O. T. A. N. El comunicado destacaba además la identidad oficial de los puntos de vista que el presidente Kennedy y De Gaulle mantienen en relación con Berlín, a la vista de los derechos que Occidente tiene, como secuela de la guerra, en la ex capital alemana.

De las reuniones parisinas salió a flote, por primera vez y en un lugar muy destacado, el problema de Berlín. Y los dos políticos no vacilaban en dar a entender su absoluta identidad de opiniones al respecto, saliendo así al paso de los intentos que Rusia pudiera hacer de romper la unidad occi-

dental sobre este tema, como ya lo intentó, aunque sin éxito, hace un año, pues hay que buscar la causa de la suspensión de la conferencia de París de 1960 en el reconocimiento por parte de Rusia de que, ante la solidaridad occidental, era inútil sentarse a discutir del tema siendo minoría.

El presidente Kennedy lo reiteró en el banquete del Palacio Chaillot: «Estimamos que nuestros derechos estatutarios sobre Berlín no pueden ser modificados por la guerra o la amenaza.»

No cabía mayor afirmación de la absoluta identidad de puntos de vista dentro del bloque occidental. Pero había otros puntos sobre los que la identidad entonces declarada de opiniones entre Francia y Estados Unidos no era tan íntima. La O. T. A. N. era uno de éstos y, junto con ello, el problema de la colaboración científico-militar entre los dos países, limitada por la ley Mac-Mahon. En este aspecto el presidente Kennedy parece que expuso la posibilidad de una colaboración que ahorraría a Francia las complicadas y largas experiencias. O, dicho con otras palabras, la colaboración norteamericana en el campo de la investigación nuclear podía hacerse a cambio de la promesa francesa de no continuar sus experiencias del Sahara, que tanto irritan, sobre todo, a los países árabes que dicen sentirse afectados por las experiencias.

La posición norteamericana respecto a la O. T. A. N. quedaba determinada claramente en la frase del presidente Kennedy ante los jefes de dicho organismo: «Aquí estamos, seguiremos y más aún: reforzaremos las unidades de defensa junto a vosotros.» «Los Estados Unidos, añadió, cumplirán todos sus compromisos... y desempeñarán un importante papel en la defensa de Europa, que es también la de los Estados Unidos.»

Pero estas frases no han satisfecho a todos los que las han oído. Podrán haber servido para mejorar la opinión personal de De Gaulle sobre el presidente Kennedy, pero todo hace pensar que no ha sido posible, al menos de momento, resolver las diferencias francoamericanas respecto al funcionamiento de la O. T. A. N. y las experiencias nucleares. Ha quedado sin resolver el grave problema de la paridad, en el seno de la O. T. A. N., de Francia con Inglaterra y los Estados Unidos.

* * *

Camino de Viena quedó ya claramente establecido que Berlín constituía el punto clave de la reunión. Podría discutirse del desarme o de Laos—como proyectaba el presidente Kennedy—, pero se hacía evidente que sobre el primero sería muy difícil acordar nada, dado el carácter tecnócrata del pro-

blema, mientras que sobre el segundo punto Rusia estaba quizás dispuesta a dar su conformidad al punto de vista norteamericano, máxime cuando el dominio de las tropas comunistas sobre la mayor parte del país había quedado ya asegurado y el futuro del país ya estaba decidido. El interés de la U. R. S. S. no podía estar, pues, en Laos ni en el desarme y, por eso, no eran de esperar agrias discusiones al respecto.

El verdadero interés de la U. R. S. S. se muestra en temas de alcance político, en terreno en que espera poder disminuir la fuerza política de Occidente, inclinando a su favor la balanza de poder del mundo. Una división entre las potencias aliadas reviste más importancia que todo lo que pueda suceder en Laos. Y Berlín podía ser piedra de toque para ver hasta qué punto Occidente está unánimemente dispuesto a colocarse en línea para el mantenimiento del *statu quo* de la vieja capital germánica. Ahí reside el talón de Aquiles occidental y Jruschef lo sabe y por eso dispara reitradamente hacia él sus flechas. Quizá piense Jruschef que un día Occidente, cansado de Berlín y del problema que plantea, acabará dividiéndose respecto a lo que conviene hacer. Esa será la hora de Moscú, que, de momento—y para deslumbrar a neutralistas, a tibios y a todos los que se preguntan si vale la pena ir a la guerra por Berlín—, juega con la oferta de, una vez arreglado el problema berlinés, permitir al mundo vivir en paz y tranquilidad, sin la pesadilla de las reclamaciones soviéticas so pretexto de la disputada capital.

El presidente Kennedy, sin proponérselo, había hecho así una gran concesión, porque mientras él pensaba hablar sólo del desarme y de la organización de la comisión controladora de la neutralidad de Laos, los rusos, por falta de una agenda sobre lo que hubiera acuerdo previo, introdujeron, como tema básico de discusión, el futuro de Berlín. *Pravda* lo decía bien claro la víspera misma del encuentro de los dos políticos: «en lo primero que hay que pensar es en la cuestión del desarme general y completo y, por lo tanto, en la liquidación de los peligrosos residuos de la segunda guerra mundial en el corazón de Europa, para firmar un tratado de paz con Alemania y resolver la cuestión del Berlín occidental».

Una vez más Occidente y Oriente, representados por sus más altas figuras, se enfrentaban como de costumbre: de una parte, sin un claro plan de acción, buscando simplemente conocer los puntos de vista del adversario; de otra, con un programa completo y detallado destinado a poner al mundo ante una nueva crisis para tratar de pescar en el río revuelto, que engendra las discrepancias occidentales sobre el problema berlinés.

Y en la era de la «diplomacia del insulto», para usar la expresión de H. Nicolson, el *New York Times* no vacilaba en decir que el «contacto personal entre el presidente americano y el dictador soviético puede ser magullante».

Bajo tan poco favorables auspicios empezaba este segundo Congreso de Viena, cuyas consecuencias pudieran ser para la Humanidad de tanta trascendencia como la de aquel primer Congreso presidido por las figuras legendarias de Metternich y Talleyrand, por no dar más que dos de los nombres de las muchas águilas de la diplomacia que en él participaron. Pero ahora nadie se acordó de ellas.

* * *

El comunicado conjunto de la reunión lo dijo bien claramente: se habló de las pruebas nucleares, el desarme y Alemania. Pero no se dijo si se llegó a acuerdos. Aunque estuvo claro que no, porque el propio comunicado era bien explícito al decir que ambas partes «han reconocido la importancia de un alto el fuego en Laos». Con otras palabras, no hubo acuerdo más que sobre Laos.

Aunque Napoleón decía «miente como un comunicado», lo cierto es que el comunicado de Viena no mentía, sino que se limitaba a enunciar los temas abordados, reservando para Laos las únicas palabras donde se aludía a un acuerdo entre ambos personajes políticos.

La sombra de Berlín enturbió lo que podía haber sido un encuentro anodino, porque pronto pudo saberse que el dirigente comunista había planteado, con su habitual claridad, el asunto, proponiendo las soluciones que tradicionalmente vienen repitiendo para que Occidente «escupa el hueso que tiene atravesado en la garganta», como con su terminología campesina designó Jruschef al problema berlinés.

El presidente Kennedy habrá obtenido un éxito personal tal vez, durante un viaje, pero nadie creyó que había obtenido un éxito político, como sus explicaciones posteriores ante la televisión parecieron confirmarlo, pues de un lado hizo ver que no «hubo descortesías, no se perdió la calma, no hubo amenazas ni ultimátum por ambos lados», mientras de otra parte señalaba que la parte «más sombría» de la reunión fué consagrada al problema alemán.

El tono de la reunión fué, pues, en general «sombrio». Tres veces empleó el presidente Kennedy esta palabra durante su exposición televisada

y ni siquiera se atrevieron a disimular los jefes de prensa de ambos políticos, cuando, preguntados en Viena si, como consecuencia de las conversaciones, «el mundo podía respirar más libremente», respondieron que no era incumbencia de ellos el contestar a tal pregunta, sino de los protagonistas de la reunión. A éstos nadie se atrevió a preguntarles por temor a una contestación negativa.

Por si fuera poco, tres días después de la reunión de Viena se venía abajo el único punto sobre el que había recaído el acuerdo: los comunistas de Laos rompieron el alto el fuego y hubo de suspenderse la conferencia de catorce naciones en Ginebra. La secuencia de los acontecimientos había sido la siguiente: veinticuatro horas después de la actuación del presidente Kennedy ante la televisión, donde había afirmado que «la única área sobre la que se había obtenido cierta perspectiva de acuerdo era Laos», los comunistas sometieron a fuego artillero el pueblo de Padong y lo ocuparon, con lo que prácticamente dividieron el país en dos. La reunión de Ginebra se levantó en vista de la «flagrante violación» del alto el fuego. Algún diario llegó a vaticinar que si duraba quince días más el acuerdo de alto el fuego en Laos, el país entero habría caído en poder de los comunistas.

La única «perspectiva de acuerdo» se había deshecho en humo.

Pero los demás temas discutidos tampoco inducían al optimismo. Rusia propuso coordinar las negociaciones sobre la prohibición de experimentos nucleares con las conversaciones generales de desarme que están suspendidas hasta el 31 de agosto de 1961, pidiendo, al propio tiempo, el establecimiento del derecho de veto sobre el funcionamiento de la comisión inspectora encargada de vigilar un auténtico desarme. Es decir, rechaza la inspección en territorio soviético. Naturalmente, el presidente Kennedy respondió que tal petición de veto no era negociable. Lo que a la vista de la totalidad de la propuesta soviética quiere decir que, si no es discutible la petición de veto, tampoco se puede negociar sobre el desarme, ya que la U. R. S. S. involucra ambas cosas. «En resumen, dijo el presidente Kennedy ante la televisión, nuestras esperanzas de un fin de las pruebas nucleares y el freno a la carrera de armamentos han sufrido un serio golpe.»

La situación era «sombria», aunque Jruschef manifestara que no habría guerra nuclear, porque su guerra fría, de efectos políticos tan asoladores como bombas atómicas, sigue adelante aniquilando bastiones occidentales y bien pudiera ser que Occidente no supiera cómo reaccionar, si no es re-

curriendo a la guerra caliente. Porque Jruschef no amenaza con ocupar militarmente Berlín, sino con firmar un tratado de paz con Alemania oriental, lo que traería como consecuencia la absorción de Berlín en la actual zona soviética de Alemania, salvo que Occidente se decidiera a adoptar medidas que no podrían ser más que militares.

En realidad, la técnica de la guerra fría, de la estrategia total soviética es la misma en Berlín que en Laos y consiste en realizar actos que no pueden ser calificados de «agresión militar». Rusia no combate con sus soldados contra el Gobierno laosiano. Ni contra el Berlín occidental. Pero está colocando a Occidente en un terreno en el que ya no cabe la retirada y del que no se puede salir, sin perder posiciones vitales, sin recurrir abiertamente a las armas.

Por si le quedaba duda al presidente Kennedy, Jruschef le hizo entrega de un memorándum sobre Berlín, en el que, después de acusar de revanchismo a la República Federal, proponía una de tres soluciones. Primero: la firma de un tratado de paz con Alemania reunida, a cuyo efecto las dos zonas deberían entrar en contacto para redactar un proyecto de acuerdo entre sus Gobiernos, proyecto que las cuatro potencias ocupantes se comprometerían a aceptar, fuere el que fuere.

Segundo: si las dos Alemanias no se ponían de acuerdo, después de dejar a Pankow y Bonn un plazo de seis meses para buscar tal acuerdo, la U. R. S. S. proponía la firma de sendos tratados de paz con cada una de las dos Alemanias, sugiriendo, además, que se mantuvieran las actuales fronteras, quedando Berlín como una ciudad libre, desmilitarizada, y cesando el régimen de ocupación, teniendo siempre, sin embargo, en consideración la necesidad de tener en cuenta los derechos soberanos de la República democrática de Alemania, en cuyo territorio se halla situado Berlín.

Tercero: caso de que las dos Alemanias no llegasen a un acuerdo y los Estados Unidos no se mostraran dispuestos a apoyar las propuestas rusas, Moscú anunció que firmaría un tratado de paz con Pankow, lo que significa—dice el memorándum—el fin del régimen de ocupación de Berlín, cuyas comunicaciones con el resto del mundo «no podrían ser establecidas más que previo acuerdo con la República Democrática Alemana».

Aplazar más tiempo la firma de tal tratado de paz, concluía el memorándum, sería «imposible y peligroso».

La publicación del memorándum muestra hasta qué punto había ido a Viena bien preparado Jruschef. Corresponde el memorándum en Europa a

la ocupación de Padong en Laos. Pero mientras que Laos no altera la balanza de poder en el mundo, Berlín es trascendental. Berlín es piedra de toque para Occidente y su abandono significaría la ruina definitiva del prestigio del mundo libre. Y sería también peor que una derrota militar en Corea, Laos o Formosa.

Justo será reconocer que el memorándum no representa nada nuevo en la política berlinesa de la U. R. S. S. Por eso la respuesta occidental ha sido también la que es habitual: «No aceptaremos nunca esta petición soviética. Queremos la autodeterminación y la libertad para todo el pueblo alemán», ha dicho el doctor Adenauer. La negociación entre las dos Alemanias equivaldría al reconocimiento por Bonn de Pankow, régimen que, para Occidente, no existe. El futuro de Alemania y de Berlín, dice Occidente, tiene que ser resuelto por los cuatro ocupantes y por el Gobierno de Bonn, que se considera a sí mismo como el único heredero legítimo de la Alemania de antes de la guerra.

Por su parte, Walter Ulbricht, el secretario del Partido comunista de la Alemania oriental, se ha apresurado a aceptar el plan Jruschef, cuya aprobación dará estatuto jurídico internacional a su régimen político.

* * *

Con tan poco brillantes resultados, el señor Kennedy voló de Viena a Londres, donde un MacMillan reticente le recibió en el aeropuerto. Quizá tampoco allí reinaba un entusiasmo extraordinario a la idea de ir a escuchar, sin haber tenido oportunidad de mediar en la conversación de Viena, lo que se había tratado en la capital austríaca.

El comunicado de la visita a Londres, recalca principalmente que «hubo completo acuerdo sobre la necesidad de mantener los derechos y obligaciones de los Gobiernos aliados en Berlín».

Pero, ¿cuáles son esos derechos y en qué se basan? Porque la realidad es que la situación actual parte de terribles defectos básicos de origen, por no haberse nunca declarado taxativamente y por escrito en qué consistían los tales derechos de una y otra parte.

Contrariamente a una opinión bastante generalizada, el régimen de Berlín no fué regulado en Potsdam por la sencilla razón de que su estatuto estaba ya establecido, y preveía que Berlín constituiría, en territorio ocupado por los soviets, un enclave administrado por las autoridades de las cuatro potencias aliadas, representadas por los comandantes de los ejércitos

inglés, francés, americano y soviético, integrados en una «comandatura». Es posible que la vaguedad del acuerdo—que fué solamente verbal—recaiga enteramente sobre el general Clay, como él admite en sus memorias, pero no es menos cierto que, mientras duró el idilio de los vencedores de la guerra, la comandantur funcionó y hasta redactó una constitución (1946) que firmaron los rusos y en virtud de la cual se llevaron a cabo unas elecciones cuyo resultado fué, por cierto, eliminar a todos los acólitos soviéticos de la administración de la ciudad. Aun volvieron a estar de acuerdo los cuatro ocupantes al oponerse a que Ernesto Reutar—bestia negra de los soviets y elegido democráticamente alcalde—tomara posesión de su cargo. Pero pronto terminó el idilio y 1948 es el año del bloqueo, para cuyo levantamiento se aprovecharon, por cierto, los caminos de acceso que los rusos impusieron en 1945 a los occidentales, sin que éstos hicieran nada por impedirlo en aquel entonces.

En 1955 terminó el régimen de ocupación occidental, menos en Berlín, donde sigue la ficción del cuatripartismo, aunque su sector oriental es, de hecho, la capital de la Alemania democrática bajo control soviético. El sector occidental de Berlín es administrado por un municipio alemán, pero la totalidad de la ciudad continúa ocupada por fuerzas militares soviéticas y occidentales que no tienen más punto de colaboración que la vigilancia de la cárcel de Spandau.

Todas estas razones hacen que el problema de Berlín sea hoy doblemente espinoso, pues ni Occidente puede ceder, en la situación de hecho, ni cuenta con la suficiente garantía jurídica escrita para defenderse legalmente. Berlín es, ante todo, un problema político, un problema de prestigio, y si los soviets están dispuestos a conceder su neutralización y no exigen su incorporación es porque la condicionan al reconocimiento diplomático de Alemania oriental, lo que equivale a la consagración de la división del país y a defraudar a Bonn, que se considera, repito, como el único heredero legítimo de la vieja Alemania.

* * *

El objetivo de Jruschef en la Conferencia de Viena ha sido logrado. Voces occidentales han empezado a dar su visto bueno a un cambio del estatuto de Berlín. Nada menos que el jefe de la minoría democrática del senado norteamericano, Mansfield, declaró ante sus colegas que Oriente y Occidente debieran «revisar sus posiciones respecto a Berlín» para ver «si

existe un tercer camino que responda mejor a las necesidades presentes de Alemania, Europa y el mundo».

El senador estima al respecto como procedente convertir la capital alemana en una ciudad cuya libertad quedaría garantizada tanto por la O. T. A. N. como por el Pacto de Varsovia. En espera de que Berlín pudiera volver a ser la capital de una Alemania reunificada, una organización internacional tutelaría la ciudad, mientras tropas internacionales—como las de la O. N. U. en el Congo—garantizarían que los caminos de acceso se mantuviesen abiertos. Tanto el Gobierno de Bonn como el de Pankow deberían firmar este acuerdo, dice Mansfield, y participar en el mantenimiento del estatuto así logrado.

Estos proyectos del senador norteamericano se basan en su idea de que ni el proyecto de Jruschef ni el *statu quo* presente bastan para asegurar la inestable paz del presente.

El Gobierno de los Estados Unidos se apresuró a declarar que el senador hablaba en nombre propio, y que no representaba a ningún sector oficial. Pero, a pesar de los mentís oficiales, el hecho es que las palabras de un senador tan autorizado han provocado, cuando menos, confusión en la opinión norteamericana.

Bonn ha rechazado el plan por inaceptable, ya que crearía de hecho una Alemania dividida en tres administraciones distintas, frente a la administración bipartita actual. De todas partes se alzan voces asegurando que no se cederá en Berlín y que un ataque a la ciudad será contestado con toda la fuerza de Occidente.

Pero, ¿quién ha dicho que los soviets vayan a atacar Berlín?

Y cuando pase el plazo puesto por Jruschef, si se empeñan los soviets en firmar un tratado de paz, ¿con qué elementos de réplica cuenta Occidente que no sean de carácter puramente militar?

Aquí vienen a la memoria las viejísimas palabras del embajador Commines: «mais a qui que ce soit est bien a craindre de mettre son estat en hazard d'une bataille, qui s'en peut passer».

* * *

Las reuniones en la cumbre son algo muy espinoso. En realidad, como la experiencia lo demuestra reiteradamente, estas entrevistas se han convertido en la forma menos deseable de gestión diplomática, si es que el adjetivo diplomático puede serles aplicado.

El resultado de una negociación no se ve el día siguiente de publicado el comunicado, sino en las semanas siguientes. Y el tiempo ha pasado sin que Laos, el desarme, las experiencias nucleares o Berlín hayan dado síntomas de ser problemas resueltos, ni mucho menos. Hora es ya de que la sensiblería de las masas deje de pensar que «una conversación franca» entre jefes de Estado puede servir para arreglar todos los conflictos pendientes entre naciones.

El profesor Barcía ha escrito: «Crear que los problemas internacionales, que han sido acertadamente calificados de acentuadamente complejos y amenazantes, pueden perder gran parte de su agudeza e incluso transformarse en inocuos con sólo conferir su solución a los máximos dirigentes de los países discrepantes, equivale a respaldar una tesis tan discutible como lo sería la de sostener que lo esencial puede ser eliminado adoptando nuevos métodos procesales, invirtiendo de ese modo el lugar que lógicamente debemos reservar a las esencias y a los modos.»

La reunión de Viena ha sido «sombria». Cabía esperarlo y temerlo. Tal vez ha agriado los problemas pendientes. En todo caso, la mejor reunión vienesa pudiera haber sido una que no se hubiese llegado a celebrar. Así Occidente no se sentiría obligado a decir en qué puntos está dispuesto a no ceder, porque de tal declaración deducirá Rusia en qué puntos puede atacar sin temor. Por no hablar del golpe que para Occidente supondría tener que acabar cediendo en puntos sobre los que previamente se hubiese públicamente declarado intransigente.

Es imposible saber cuáles serán las consecuencias de la reunión para el futuro del mundo, pero es indudable que, como Plutarco decía de la entrevista de Pompeyo y Lúculo, «al final de su conversación no quedaron, por el hecho de haber hablado, mejores amigos de lo que eran antes, sino que se separaron más enajenados de lo que estaban antes».

La frase es vieja y, si alguien leyera hoy en día a su viejo autor, quizá el mundo se ahorrara aventuras como la de esta reunión de Viena.

EMILIO BELADIEZ.

TEXTO DEL MEMORANDUM DE JRUSCHOV AL PRESIDENTE KENNEDY

1) El ajuste de paz con Alemania, prolongado durante años, ha predeterminado en gran parte el peligroso desarrollo de los acontecimientos de Europa durante el período de la postguerra. Importantísimas decisiones de los aliados para desarraigar el militarismo de Alemania, que los Gobiernos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética en aquella época consideraron como un presagio de paz duradera, fueron implantadas sólo parcialmente. Estas decisiones no se observan en la mayor parte del territorio alemán.

De los Gobiernos que surgieron después de la guerra, sólo el de la República Democrática de Alemania reconoce estos acuerdos y se adhiere a ellos. El Gobierno de la República Federal expresa abiertamente su actitud negativa hacia ellos, fomenta el militarismo y pide revisión de fronteras, una revisión de los resultados de la segunda guerra mundial. Dicho Gobierno trabaja para edificar una fuerte base militar para sus planes agresivos, para fomentar un peligroso semillero en terreno alemán y sembrar la discordia entre los antiguos aliados de la coalición antinazi.

Las potencias occidentales permitieron a la República Federal de Alemania acumular armas y establecer un ejército que fácilmente excede a las necesidades defensivas. Otros peligrosos pasos de las potencias de la O.T.A.N. fueron su consentimiento para que la República Federal de Alemania construyese buques de guerra hasta de 6.000 toneladas de desplazamiento así como utilizar los territorios británico, francés e italiano para bases militares de la República Federal.

2) El Gobierno soviético se esfuerza sinceramente por la eliminación de las causas que pueden engendrar una tensión entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos, y en cambiarla por una constructiva y amistosa cooperación. La conclusión de un tratado de paz con Alemania aproximaría ambos países e ese fin. La U.R.S.S. y los Estados Unidos lucharon juntos contra la Alemania nazi; es decir de ambos el concluir un tratado de paz con Alemania, y así crear una segura garantía de que las fuerzas que pudieran arrojar al mundo a otra guerra aún más destructiva, jamás se alzarán en terreno alemán.

Si los deseos de la Unión Soviética para reforzar la paz y evitar el estallido de otra guerra mundial en Europa no difiere de las intenciones del Gobierno de los Estados Unidos, no será difícil llegar a un acuerdo.

3) Partiendo de la realidad de la situación, el Gobierno soviético es partidario de la inmediata conclusión de un tratado de paz con Alemania. El asunto de un tratado de paz es el de la seguridad nacional de la U.R.S.S. y de otros muchos Estados. No es posible dejar por más tiempo la situación de Alemania tal como está. Se han madurado hace mucho todas las condiciones para la conclusión de un tratado de paz y tal tratado ha de llevarse a cabo. Lo esencial del asunto es por quién y cómo se concluirá y si traerá envueltas consecuencias innecesarias.

4) El Gobierno soviético no quiere perjudicar los intereses de los Estados Unidos o de otras potencias en Europa. No propone ningún cambio en Alemania o en Berlín

occidental que pueda resultar beneficioso para un solo Estado o para un grupo de Estados. La U. R. S. S. considera que para consolidar la paz es necesario tener en cuenta la situación que se creó en Europa después de la guerra «de jure» y consolidar la inmutabilidad de las fronteras alemanas actuales, normalizar la situación en Berlín occidental sobre la base de una consideración razonable de los intereses de todos los partidos.

Para llegar a un acuerdo sobre el tratado de paz, la Unión Soviética no insiste en la inmediata retirada de la República Federal de Alemania de la O. T. A. N. Los dos Estados alemanes, durante un cierto período, una vez concluido el tratado de paz, pueden seguir siendo miembros de aquellas agrupaciones militares a las cuales pertenecen ahora.

El propósito soviético no es el de basar la conclusión del tratado de paz en el reconocimiento de la República Democrática Alemana por todas las partes que intervengan en este tratado. Reconocer o no reconocer un Estado u otro, es asunto de cada Gobierno.

Si los Estados Unidos no están dispuestos a firmar un solo tratado de paz con los dos Estados alemanes, se puede llevar a cabo un arreglo de paz sobre la base de dos tratados. En este caso los Estados miembros de la coalición antinazi firmarían un tratado de paz con ambos Estados o con uno de ellos, según quisieran. Estos tratados no han de tener idénticos textos, pero sí idénticas estipulaciones sobre los puntos más importantes del arreglo de paz.

5) La conclusión de un tratado de paz con Alemania resolvería también el problema de normalizar la situación en el Berlín occidental. Berlín occidental, desprovisto de un firme estatuto internacional, es un escenario en el que los elementos revanchistas de Bonn mantienen constantemente extrema tensión y montan todo género de provocaciones peligrosísimas para la causa de la paz. Debemos prevenir el desarrollo de tal situación, amparándose en la cual, el militarismo de la Alemania occidental puede conducir a irreparables consecuencias, dado lo inestable de la situación en Berlín occidental.

Por el momento el Gobierno soviético no ve ninguna solución al problema del Berlín occidental, salvo la de convertirlo en una ciudad libre desmilitarizada; la puesta en práctica de esta idea, normalizaría la situación en Berlín occidental, con la debida consideración hacia los intereses de todas las partes. El régimen de ocupación conservado allí desde hace mucho tiempo, ha sobrevivido, perdiendo toda conexión con los fines para los que fué creado, y con las decisiones de los aliados, sobre cuya base existía.

Los derechos de ocupación cesarán, desde luego, con la firma del tratado de paz tanto si se lleva a cabo con ambos Estados, como si es solamente con la República Democrática Alemana, en cuyo territorio se halla situado el Berlín occidental. El Gobierno soviético propone que la ciudad libre del Berlín occidental se comunique libremente con el mundo exterior y que su orden interno se determine por la libre expresión de la voluntad de su pueblo. Por supuesto, los Estados Unidos, así como los demás países, tendrán la oportunidad de mantener y desarrollar sus relaciones con la zona franca.

En resumen, el Berlín occidental, tal como lo ve el Gobierno soviético, debe ser estrictamente neutral. Por supuesto que no ha de tolerarse el que sea utilizado más como base para las hostiles actividades provocativas contra la U. R. S. S., la República Democrática Alemana o cualquier otro Estado, ni seguir siendo sede peligrosa de tensión y conflictos internacionales.

TEXTO DEL MEMORÁNDUM DE JRUSCHOV AL PRESIDENTE KENNEDY

La U. R. S. S. propone que se tomen las más estrictas garantías contra la intervención de cualquier Estado en los asuntos de la ciudad libre. Como garantizadores de la misma, contingentes simbólicos de tropas de los Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la U. R. S. S., pueden seguir estacionados en Berlín occidental. La U. R. S. S. no se opondrá tampoco al estacionamiento de tropas de países neutrales de la O. N. U. con el mismo objeto.

El estatuto de la ciudad libre podrá ser registrado debidamente en la O. N. U. y confirmarlo con la autoridad de esta organización internacional. Por parte soviética se accede a discutir cualquier otro medio que pueda garantizar la libertad y la independencia del Berlín occidental como ciudad libre desmilitarizada.

El arreglo del Berlín occidental ha de tener en cuenta, desde luego, la necesidad de respeto y estricta observancia de los derechos soberanos de la República Democrática Alemana, que, como se sabe, está dispuesta a adherirse a un acuerdo pertinente y a respetarlo.

6) El Gobierno soviético propone la convocatoria inmediata y sin demora de un congreso de paz, la conclusión de un tratado con Alemania y el arreglo del problema del Berlín occidental como ciudad libre sobre estas bases. Si por una razón o por otra los Gobiernos de los Estados Unidos y otras potencias occidentales no están aún dispuestos a esto, se puede adoptar una solución provisional durante un período definido.

Las cuatro potencias animarán a los Estados alemanes para que lleguen a un acuerdo sobre los problemas referentes a un arreglo de paz con Alemania y su reunificación. Las cuatro potencias declararán anticipadamente que reconocerán cualquier acuerdo habido entre los alemanes.

En caso de un acuerdo positivo en las conversaciones entre la República Democrática y la República Federal de Alemania, se acordará y se firmará un solo tratado de paz. Si los Estados alemanes no llegan a un acuerdo sobre dichos asuntos, se tomarán medidas necesarias para la conclusión de un tratado de paz con los dos Estados alemanes, o con uno de ellos, según el parecer de los países interesados.

Para no aplazar indefinidamente el acuerdo de paz, es necesario fijar unos límites dentro de los cuales los alemanes habrán de examinar las posibilidades de un acuerdo en los asuntos de su competencia interna. El Gobierno soviético considera que un plazo máximo de seis meses es razonable para tales conversaciones. Este plazo es completamente razonable para el establecimiento de contacto entre la República Federal Alemana y la República Democrática y para las conversaciones que hayan lugar entre ellas, ya que durante los dieciséis años que han seguido al fin de la guerra, ha madurado la convicción de la necesidad de liquidar los residuos de la segunda guerra mundial en Europa.

7) El Gobierno soviético está dispuesto a examinar cualquier propósito constructiva de los Estados Unidos acerca del tratado de paz con Alemania y la normalización de la situación del Berlín occidental. El Gobierno soviético mostrará la máxima buena voluntad para resolver el problema del tratado de paz con Alemania por medio de un acuerdo mutuo entre los Estados Unidos y los otros Estados interesados.

La firma de un tratado de paz con Alemania por todos los miembros de la coalición antinazi y el solucionar sobre esta base el asunto del estatuto neutral del Berlín occidental, crearía el mejor ambiente para la confianza entre los Estados, y para la solución de tan graves problemas internacionales como el desarme y otros.

Si los Estados Unidos no muestran comprender la necesidad de concluir un tratado de paz, lo sentiremos, pues habremos de firmar un tratado de paz. Demorarlo sería

imposible y peligroso, no con todos los Estados, sino con aquellos que quisieren firmarlo.

El tratado de paz registrará específicamente el estatuto del Berlín occidental como una ciudad libre, y tanto la U. R. S. S. como las otras partes lo observarán estrictamente. Se tomarán las medidas necesarias para garantizar que este estatuto sea respetado también por los otros países. Al mismo tiempo esto significará también la liquidación del régimen de ocupación en el Berlín occidental con todas las consecuencias de ellos derivadas. De un modo especial, los asuntos referentes a las comunicaciones terrestres, aéreas y marítimas a través del territorio de la República Democrática Alemana tendrán que decidirse de acuerdo precisamente con tratados acordados con la propia República Democrática. Esto es lógico, puesto que el control sobre tales comunicaciones es derecho exclusivo de cualquier Estado soberano.

8) La conclusión de un tratado alemán sería un gran paso hacia un arreglo final de la postguerra en Europa, para el cual la U. R. S. S. viene trabajando infatigablemente.